

# Tras las luces del Clásico

El recién finalizado certamen mundialista demostró que el béisbol apasiona, enamora y convoca mucho más si es de altísima calidad

Elsa Ramos Ramírez

Parte baja del noveno, juego 3-2; en la pizarra, dos outs, bateador en 3 y 2... Shohei Ohtani poncha a Mike Trout, compañero de equipo. Aquel, el mejor de este planeta y Jugador Más Valioso del Quinto Clásico Mundial. Este, mejor jugador de la Major League Baseball en los últimos 10 años, tres veces Jugador Más Valioso a las puertas del Salón de la Fama de Cooperstown y con el contrato más alto de las Mayores (430 millones).

Quien pida más es un goloso. Y también un ciego, como los que se niegan a ver la evidencia. No pudo existir cierre más espectacular ni brillante para los mortales que tuvimos la fortuna de ser testigos de un evento de lujo. Porque tras esta escena, viva y real, aunque con ribetes dramáticos, no solo Japón ganó invicto su tercer título en una final soñada e inédita, ante Estados Unidos, en una porfía entre las dos mejores ligas del planeta.

Los nipones, de punta a punta, dieron una clase del béisbol que roza lo perfecto, derrotaron a los hasta entonces campeones en casa propia, en un LoanDepot Park que enseñó sus mejores luces. Excelso pitcheo y mejor aún manejo de este, jonrones, defensa, exactitud, carácter, coraje... Así pudo superar a un equipo que armó un dream team o un All Star, aunque extrañara mejor bullpen.

En medio de tanta brillantez, Cuba se precia de haber donado al evento también sus destellos. El regreso a los cuatro grandes de los Clásicos regaló días de emoción, euforia y pasión no solo a los cubanos. Aunque muchos hubiésemos querido una despedida menos aplastante ante Estados Unidos, llegar hasta semifinales sobrepasó las expectativas y los pronósticos de la mayoría, acentuados tras las dos derrotas iniciales.

Hay que decir que Cuba avanzó hasta donde le permitió el evento. Supo aprovechar la bondad de caer en el grupo más asequible o débil de los cuatro, sin ningún equipo de la élite, aunque tuvo que esperar por el favor de las matemáticas, y luego le sacó jugo al cruzarse en cuartos con un elenco como Australia, mucho menos fuerte que Japón. Cuando tuvo

enfrente al rival más exigente hasta ese instante, la derrota 14-2 ante Estados Unidos enseñó las distancias de calidad y nivel, más allá del escenario matizado por las provocaciones, la hostilidad, la agresión y el odio de unos pocos de Miami, que atacaron la pureza del deporte, aunque desde el graderío primó el apoyo, tanto como desde otras geografías físicas y virtuales.

Mas, tanta orfandad de alegrías por años no hizo que el descalabro opacara la ilusión. Aprendimos a celebrar sin subirnos a un podio como muestra de madurez después de aquellos lutos nacionales como cuando regresamos de Beijing 2008 con la plata olímpica. En verdad hacía rato que un elenco no les lograba erizar la piel a sus seguidores que sufrieron, soñaron y amaron, e hiciera vibrar al país, robarle la atención por días y ganar admiradores en otras latitudes.

El Clásico nos regaló el liderazgo retomado de Alfredo Despaigne, las excelentes demostraciones de Erisbel Arruebarruena, Roel Santos, Yoelkis Guibert y Yadil Mujica; la entrega y alegría de Yadir Drake, el crecimiento en el box de los veloces Yariel Rodríguez, Raidel Martínez y Liván Moinelo; la calidad probada de Yoan Moncada, tercera base del Todos Estrellas, del relevista Luis Romero, muy consistente en el bullpen; la humildad y la paciencia de Armando Johnson..., en fin, la integración coherente y la capacidad competitiva que apareció antes de la semifinal.

Pero tras las mieles y luces, cuando bajemos de la nube del Clásico y aterricemos en la realidad terrenal sin encandilamientos, es preciso ver al evento más allá de la euforia, para que no nos pongamos a pedirle peras al olmo ahora que el 29 de marzo empieza la Serie Nacional en su versión 62 y en lo adelante vendrán los Juegos Centroamericanos y Panamericanos.

Regresamos a los cuatro grandes de este Clásico, pero no somos de la élite del mundo. Aunque lo asumimos como un triunfo de nuestro béisbol, no es una muestra de nuestro nivel. Para llegar hasta allí Cuba apeló a una fórmula de equipo mixto que funcionó. Habrá que aplaudir la incorporación de los emigrados en medio de tantas presiones y agresiones. Jugaron con

ardor, sobre todo Moncada y hasta Luis Robert, aunque no enseñó todo el arsenal que se esperaba.

No todas las inclusiones fueron felices, como resultó el caso de Yoenis Céspedes, a quien llevamos por encima de otros a pesar de haber estado tres años sin jugar, o la de Lorenzo Quintana, que ahondó las dudas que se cernían sobre la receptoría y al final obligó a "improvisar" con Ariel Martínez, que, aunque es receptor, fue inscrito en el cuadro. También dejó en entredicho algunas estrategias, como mover una alineación ganadora para un partido crucial con tal de poner a Andy Ibáñez por encima de Yadil Mujica, eficiente con el madero y a la defensa.

Aunque merecidamente los acogimos como campeones, en realidad no lo fueron, deportivamente hablando. De los cuatro primeros, fuimos los más discretos como líderes de grupo con 2-2. Revisar el Clásico nos muestra como lecciones de deficiencias en el corrido de las bases, la necesaria búsqueda de más jonroneros —un arma que casi todos los elencos tuvieron— y el hecho de que la elección de los rentados no debe encandilarnos al punto de mirar más el dónde juegas que el cómo estás en el momento de la elección.

El evento nos dejó sus luces y sus mieles, presencia garantizada en la sexta edición del 2026 y el próximo Premier 12. Y nos dejó, también, dos pelotas, pero de eso hablaremos después.

El Clásico, que rompió récord de teleaudiencias, seguidores en las redes y entradas a los estadios, valió la pena, aunque fuese para ver una final como esa o una semifinal de infarto entre Japón y México, y hasta para ver a Cuba por encima de otros más encumbrados.

Valió la pena para ver a Ohtani —un "extraterrestre"— lanzar 102 millas luego de consumir cinco turnos al bate, a pesar de ser de carne y hueso, así como al resto de las estrellas que prestigiaron el torneo ante otras que declinaron, o para ver que los nipones también tocan la bola cuando hace falta —como en el octavo de un juego decisivo— o le tiran al primer envío, si es bueno. Además, por decirnos que el béisbol, más allá de su exclusión olímpica, vive y apasiona, enamora y convoca, mucho más si es de altísima calidad.



Muñoz vivió su mayor experiencia. /Foto: Cortesía del entrevistado

## Todo el mundo se unió por las cuatro letras

Expresó a *Escambray* el entrenador Rafael Muñoz, quien formó parte de la dirección del equipo cubano que compitió en el Quinto Clásico Mundial de Béisbol

De todas las vivencias de Rafael Muñoz Medina en sus 39 años como entrenador de pelota, de ellos 29 en Series Nacionales, formar parte de la dirección del equipo Cuba al Quinto Clásico Mundial de Béisbol es la más extraordinaria.

Primero, por el aprendizaje. "Fue una experiencia única en mi vida. Tuvimos la oportunidad de intercambiar con profesionales de equipos japoneses, ver las prácticas, entrenar en estadios con alta tecnología. Por la integración, era un equipo complejo. Todos venían de diferentes fases de preparación, por eso individualizamos y personalizamos y también nos retroalimentamos; al ser peloteros de nivel, acomodamos las fases. Son atletas con un enorme grado de profesionalidad, están en la pelota de mayor rango en el mundo, sobre todo los de la MLB, son muy disciplinados, te agradecen mucho cuando los ayudas en algo; al final siempre era: 'Gracias, profesor', eso nos dio fuerzas para seguir trabajando e ir cogiendo confianza.

"Esta participación en el Clásico me enseñó que tenemos que seguir superándonos. A veces pensamos que por los años de experiencia lo sabemos todo y no es así, tenemos que actualizarnos día a día porque las tecnologías cambian; en ocasiones nos quedamos medio dormidos, tenemos que seguir desarrollándonos atletas y entrenadores".

Pero pocas emociones calaron en él como las del juego contra Estados Unidos en un escenario que exigía nervios de acero y cabeza fría: "En el estadio hubo muchas agresiones físicas a compañeros de la delegación y a familiares de los peloteros y también muchas verbales hacia el colectivo de

dirección y los atletas, situaciones que no son fáciles para un jugador. En lo personal me dije: Voy para el juego más importante de mi vida, tengo que hacerlo lo mejor posible y no me puedo equivocar. Durante todo el partido había un compañero detrás de mí ofendiéndome, mencionándome a mi mamá, pero yo tranquilo y contento porque sabía que ella estaba muy alegre en mi Sancti Spiritus natal; no obstante, a cada rato le daba una respuesta como se la merecía, pero seguía concentrado en mi labor.

"Fue un escenario muy difícil estar en ese estadio con esa cantidad de público; aunque muchos aficionados nos apoyaron, no pocos los teníamos en contra. Sucedió varias cosas que no se vieron por la televisión, como los individuos que se tiraron al terreno con carteles, eso fue una cosa muy fea".

Pero volvamos al coach, a ese que en uno de los juegos intenta parar a Yadir Drake y este sigue: "Cuando finalizó el juego él manifestó a la prensa que la culpa no había sido del coach, sino de él y cuando llegó al banco se disculpó conmigo".

Rafaelito habla de cómo lograron ser, finalmente, un equipo: "Cuando se empezó a convocar a los atletas de diferentes lugares pensamos que iba a ser difícil, pero no, todo el mundo se unió por las cuatro letras. Los que juegan al mayor nivel aportaron mucho, desde todos los puntos de vista, ellos daban sus criterios, se ayudaban entre sí, ayudaban a los peloteros nuestros y viceversa. Armando Johnson es una gente que sabe y tiene ese don de aglutinar y unir a los muchachos, por eso los atletas lo siguieron y se hizo una gran familia". (E. R. R.)



El regreso de Cuba a los cuatro grandes del Clásico regaló momentos de euforia y pasión. /Foto: Eugene Hoshiko